

El zikiro-iate de Zugarramurdi

El encuentro casual con unos amigos de vuelta de las fiestas patronales de Zugarramurdi me depara el motivo de estas líneas. Cuando arranco en mi empeño declina la jornada vespertina de un día de agosto. Es una tarde tristonza, como tantas otras de este estío y mi magín posa en la mentada localidad navarra.

No cabe la menor duda de que hay pueblos estrechamente asociados al recuerdo de algunos de sus hijos preclaros o, también, a un determinado hecho, de signo diverso, vivido dentro de los límites de su jurisdicción territorial.

Guernica con su secular Arbol, Azpeitia e Ignacio de Loyola. Oñate y su antañona Universidad, Villafranca de Ordicia con fray Andrés de Urdaneta, y un etc. muy largo, en el cual incluyo a la villa de Zugarramurdi.

Nos basta citar el nombre de Zugarramurdi para incidir en la evocación de los tristes y cruentos sucesos confundidos con espeluznantes e inefables leyendas de tétrico misterio de brujería.

Con la intervención de los testigos que afirman con la mayor seguridad del mundo haber visto volar a las brujas, el mundo de las *sorgiñas* –se dice, y por algo será, que los brujos son peores– no deja de ser sugerente. El tema de las *sorgiñas*, que aplicándose un unguento de sibilina y diabólica fórmula se metamorfoseaban en liebre, caballo o cuervo, se nos presenta, siempre, nuevo e interesante. Es una lástima que este capítulo de nuestro pasado lleve consigo la rémora de la inhumana y triste realidad de numerosas y pobres víctimas sacrificadas. Seres desgraciados inmolados en momentos de histeria colectiva. Histeria favorecida por la ignorancia de los sencillos labrantines y la responsabilidad de otros, más sádicos que ignorantes. Como es el caso de Pierre Lancre, quien, en Laburdi, llevó a la hoguera a setecientos brujos y *sorgiñas*, aunque el número pueda ser quizás algo exagerado.

Zugarramurdi linda con Laburdi, Urdax y el Valle de Baztán. Su censo aproximado es el de quinientos habitantes. Unos trescientos cincuenta viven en el casco del pueblo y los restantes se reparten en los caseríos diseminados por sus montes.

Su iglesia parroquial es del siglo XVIII y se halla bajo la advocación de la Asunción de la Virgen. Y es en esta fecha, el 15 de agosto, cuando la villa de Zugarramurdi celebra sus fiestas, que como número atractivo, el cuarto día de su programa, cuentan con la comida del carnero o *ziriko-iate* en *Akelarren-Leze* o Cueva de las Brujas.

Recuerdo muy bien, y de esto hace varios años, la última vez que acudí a este *zikiro-iate*. Fuimos varios amigos, y una vez en la plaza del pueblo nuestro primer cometido fue el de cumplir con el trámite obligado para presentarnos debidamente preparados en la reunión gastronómica. Esta introducción festiva consistía en hacernos con un cuchillo para cortar nuestra ración de *zikiro*.

A continuación, para ir a *Akelarre Leze* –desde el punto de partida en la plaza unos cinco minutos de pausada andadura– seguimos por un camino de cómodo y bonito trazado, que en gran parte discurre entre cuidados caseríos, ricos depositarios de tradiciones e historias de brujas y contrabandistas.

Junto a nosotros, en un ligero desnivel, no se me olvida cómo una yegua de turbia y atravesada mirada, con aire desganado y distraído, acariciaba la hierba con las crines. ¿Sería una *sorgiña* que nos observaba? Más adelante, un anciano desvaído, a quien creíamos con un pie de palo, vestido descuidadamente, llamaba de puerta en puerta y parecía mendigar. No había duda de que nos movíamos a través de un terreno muy abonado a toda clase de cábalas, que respirábamos un ambiente de encantamiento, curioso y particular.

En el último tramo del camino, después de salvar un corto y suave repecho, avistamos a nuestros pies la impresionante cueva, por su lado oriental.

El fuego, en el centro de la oscura boca y dentro de un círculo marcado por varias estacas hincadas en el suelo y rematadas por su respectivo medio *zikiro* expuesto al lento proceso de asado, nos produjo una sensación fantástica y extraña.

Un riachuelo de límpias aguas atraviesa la Cueva de las Brujas y corre suavemente. En su zona más angosta, el *Akelarre Leze* dispone de un orificio a media altura que comunica con el exterior. Es el acceso reservado al demonio que acudía o acude a presidir el rito de las brujas,

Ausente del bullicio que le envolvía, un hombre alto y enjuto, de movimiento rápido y viva mirada, en mangas de camisa y sudoroso, atendía al fuego y cuidaba del asado. Era el simpático y jovial Domingo Peri, el encargado de poner a punto el *zikiro*.

Domingo Peri, a quien estos últimos años creo retirado de la responsabilidad de preparar el *zikiro-iate*, es el *jaun* de «Barrenechea», uno de los caseríos que dejamos cerca del camino.

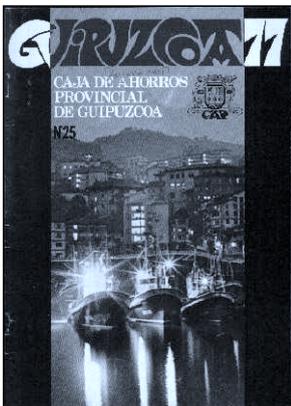
En este caserío vivió la reina de las brujas, Graciana de Barrenechea, condenada a la hoguera por el Auto de Fe de la Inquisición de Logroño, el año 1610. En esta fecha, según Jose María Iribarren, entre los procesados por la misma Inquisición figuraban las dos hijas de la Reina: Estebanía y María de Iriarte.

De la octogenaria Barrenechea, confesa, entre otros varios delitos, ser bruja durante casi setenta años, presidir los *akelarres* al lado izquierdo del demonio y llevar a los niños, por los aires, a los conciliábulos hechiceros, podemos afirmar que supo ser y comportarse como una auténtica bruja, como una *sorgiña* de verdad, en el momento decisivo de su vida. Durante su proceso murió en la cárcel, y de esta manera pudo burlar al fuego, consiguió escapar de la hoguera.

Pero volvamos al *zikiro-iate*, que se desarrolló a tono con el escenario. Transcurrió entre bocado y trago, entre descuidados e improvisados cantos. La alborotada cohetería ahuyentaba la posible ofensiva de las brujas. Y es que la pólvora y las *sorgiñas* son incompatibles.

Como remate de la velada, al caer de la tarde vuelta a la plaza, en airosa *eskudantza*.

Proseguía la ininterrumpida música de una charanga y comenzaba el baile. *La Cueva de las brujas*, solitaria, libre de intrusos, con sus húmedos y oscuros recovecos y oquedades, esperaba la hora del *akelarre*, envuelta en el misterio de su silencio y paz. Solamente el modesto riachuelo, de débil susurro, continuaba fiel en el menester de permanente testigo.



El “zikiro-iate” de Zugarramurdi / Juan Garmendia Larrañaga. – En : *Guipúzcoa. Revista informativa de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa*. – San Sebastián: Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa. – N° 25 (1977), p. 16-1. – OC. T. 8, p. 109-111